

Discurso del pastor Juan C. Varetto en el Congreso Regional de Buenos Aires del Congreso de Obra Cristiana de Panamá (1916)

Address by Pastor Juan C. Varetto at the Buenos Aires Regional Congress of the Congress on Christian Work in Panama (1916)

Silvio Camacho

El Congreso de Obra Cristiana de Panamá, conocido en los ámbitos evangélicos como el Congreso de Panamá, se celebró del 10 al 19 de febrero de 1916 en el hotel Tívoli de la ciudad de Panamá. Integrado en la segunda fase del movimiento panamericanista, que va de 1889 a 1932, contó con el respaldo de la Unión Panamericana (Simbaña, 2015). Su antecedente directo fue el Congreso de Edimburgo de 1910, donde se reconoció a América Latina como una región ya cristianizada debido a la influencia del catolicismo, considerando solo a los pueblos originarios como posible campo de misión para el protestantismo. Esta visión causó alarma entre varios participantes del Congreso en Edimburgo, quienes, reunidos en un hotel cercano, expresaron su preocupación ante esta perspectiva. Así, en 1913,¹ en Nueva York, se comenzó a organizar un Congreso que revisara la misión protestante en América Latina (Braga, 1917). De esta manera surgió el llamado Congreso de Panamá.

En las reuniones organizativas posteriores se planificaron una serie de congresos regionales que tendrían lugar justo después del Congreso principal, con el objetivo de dar seguimiento a las conclusiones y recomendaciones surgidas y difundirlas en esas zonas. Así que, apenas terminado el Congreso en Panamá partieron delegaciones hacia las Antillas, Venezuela, Colombia y América del Sur. Esta última delegación inició su itinerario en Lima, pasando luego por Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro (Braga, 1917).

Según las publicaciones de la época, especialmente *El Estandarte Evangélico* (Metodista) y *El Expositor Bautista* (Convención Bautista), existía una gran expectativa respecto al Congreso de Panamá a celebrarse en febrero de 1916 y al regional o seccional previsto en Buenos Aires para el mes de marzo. Sin embargo, esta expectativa positiva se vio afectada por la llegada de la cuarta circular previa al Congreso, que, entre otros temas, proponía cambiar el nombre del evento de Conferencias Misionera Latinoamericana a Congreso de Obra Cristiana en la América Latina. Este cambio se decidió en una reunión celebrada

¹ Surge allí el Comité Central para la Cooperación en la América Latina.

en Caldwell, Nueva Jersey, en junio de 1915, que luego se conoció como la “Declaración de Caldwell” y provocó gran agitación. En el contexto de la intensa confrontación con el catolicismo de la época (Moyelak, 2025), diversos líderes evangélicos del Río de la Plata expresaron su rechazo a esta modificación, especialmente al párrafo que suavizaba el conflicto con la iglesia católica y parecía validar sus esfuerzos misionales:

[...] será el propósito del Congreso de Panamá reconocer todos los elementos de verdad y de bondad de cualquier forma de fe religiosa. Nuestro contacto con la gente no será ni crítico ni antagónico, sino inspirado por las enseñanzas y ejemplo de Cristo y por aquella caridad que no piensa lo malo ni se regocija en la injusticia sino en la verdad. En la cuestión de servicio cristiano daremos la bienvenida a la cooperación a quien quiera que sea que esté dispuesto a cooperar en cualquier parte del programa cristiano. No exigiremos unión con nosotros en toda nuestra obra como condición para aceptar aliados para cualquier parte de ella. (Conferencia de Panamá: sin comentarios, 1915)

Varios miembros de las comisiones de trabajo y organización del Congreso Regional decidieron renunciar² y enviaron una extensa carta de protesta a la Comisión de Preparación de la Conferencia de Panamá. Esta protesta contó con las firmas de pastores y obreros pertenecientes a la Iglesia Metodista Episcopal, la Iglesia de los Hermanos, la Convención Bautista, la Unión Evangélica, la Alianza Misionera Cristiana y otros obreros independientes (Al Comité Central de Cooperación en la América Latina, 1915). En ediciones posteriores de *El Estandarte Evangélico* se sumaron más firmas.

En este contexto, el obispo metodista Homer C. Stuntz el 28 de diciembre de 1915 en la apertura de la XXIV Conferencia Anual Este de la Iglesia Metodista Episcopal pronunció un discurso, que según Jorge Howard (1916), recientemente nombrado director³ y redactor del *Estandarte Evangélico*, el mismo “no deja nada que desear y será muy instructivo y convincente para muchos de nuestros lectores”. Se esperaba que este discurso lograra disipar, según el editorialista del *Estandarte*, las ideas erróneas que habían generado una atmósfera de indiferencia y hostilidad hacia el Congreso de Panamá. Este texto fue publicado como panfleto adicional en el número de enero de 1916 de *El Estandarte* y también apareció en la revista *La Reforma* (Stuntz, 1916).

Sin embargo, los ánimos no se calmaron del todo. La postura opuesta seguía vigente, representada principalmente por el pastor bautista Juan C. Varetto, quien expuso su discurso en el Congreso Regional de Buenos Aires en marzo de 1916. Esta alocución de Varetto, hasta entonces director de *El Expositor Bautista*, apareció en la edición de abril de 1916, dedicada casi íntegramente al Congreso regional de Buenos Aires. Su discurso causó gran conmoción en los círculos evangélicos porteños: algunos bautistas⁴ criticaron

² Los primeros en renunciar fueron J. F. Thomson, Pablo Besson, W. C. K. Torre, Sidney M. Sowell, Juan Robles, H. Strachan, Daniel Hall, Nicolás A. Casullo y Juan E. Pagano (Hall, 1915). No obstante, La comisión organizadora se reorganizó con nuevos miembros para poder seguir adelante con la labor de organización del Congreso Regional (Howard, 1916).

³ En el primer número de enero de 1916 se despidió como director del *Estandarte Evangélico* Daniel Hall, uno de los que llevó adelante la protesta contra el cambio de nombre del Congreso desde que se conoció la cuarta circular.

⁴ El caso del misionero Roberto Hosford: “tampoco creo que el *Expositor* sea el lugar para tanto Congreso en que tan pocos bautistas han estado. El Congreso ni ha sido bautista, ni ha recibido reconocimiento bautista, si la revista fuese suya, entonces vendría muy bien el número actual” (Hosford, 1916). Canclini

que el número de abril de *El Expositor* le dedicara tanto espacio al Congreso de Panamá, mientras que pastores metodistas como Daniel Hall⁵, Alberto Tallón y Francisco Penzotti lo elogiaron (Canclini, 2004).

El Congreso Regional, celebrado en Buenos Aires a finales de marzo de 1916⁶ en el que Varetto realizó su alocución, se inauguró con un encuentro abierto en el Salón Italiano, mientras que las sesiones posteriores se desarrollaron en la Iglesia Escocesa.⁷ Durante la sesión del martes 28 de marzo, se permitió la participación con algún otro asunto previo al desarrollo de la orden del día. En ese momento, Varetto comenzó su discurso, pero fue interrumpido por Jorge Howard, delegado de la Iglesia Metodista. No obstante, gracias a la intervención de los delegados Eduardo Pereyra (brasileño), Morrisson (norteamericano) y a la consulta a los presentes para conceder el permiso, el pastor Juan C. Varetto pudo continuar y completar su exposición (En el Congreso Evangélico, 1916).

A continuación, reproducimos el discurso del pastor Juan C. Varetto pronunciado el martes 28 de marzo de 1916 en la Iglesia Escocesa en el marco del Congreso Regional del Congreso de Panamá y publicado originalmente en *El Expositor Bautista* de abril de 1916.

Referencias

- Al Comité Central de Cooperación en la América Latina (1915). *El Estandarte Evangélico*, Año XXXII (47).
- Análisis de “El Expositor Bautista” y sus críticas al catolicismo (1908-1930). (2025). *Cultura Y Religión*, 19. <https://doi.org/10.61303/07184727.v19i.1212>
- Braga, Erasmo (1917). *Pan-americanismo: aspecto religioso*. Nueva York: Sociedad para la educación misionera.
- Canclini, Arnoldo (2004). *400 años de protestantismo argentino*. Buenos Aires, FADEAC.
- En el Congreso Evangélico (1916). *El Expositor Bautista*, año VIII (90).
- Hall, Daniel (1915). Congreso Evangélico del Río de la Plata. *El Estandarte Evangélico*, año XXXII (40).
- Hall, Daniel (24 de abril de 1916). [Carta a Juan C. Varetto]. Documentos históricos. Archivo Histórico Arnoldo Canclini, Seminario Internacional Teológico Bautista.
- Hosford, Roberto (23 de abril de 1916). [Carta a Juan C. Varetto]. Documentos históricos. Archivo Histórico Arnoldo Canclini, Seminario Internacional Teológico Bautista.
- Howard, Jorge (1916). “El Congreso de Panamá”. *El Estandarte Evangélico*, año XXXIII (3).
- Simbaña, Roberto (2015). *Religión y política: protestantismo en América Latina*. Quito: Religación Siglo XXI.
- Stuntz, Homero (1916). “La significancia del Congreso de Panamá de Obreros Cristianos”. *La Reforma*, año XVI (1).

(2004) señala que el asunto fue discutido en la Convención y que la misma había recomendado cambios en la redacción. En el número de junio de 1916, el nuevo director de *El Expositor Bautista* es el misionero Sidney Sowell.

⁵ Además de una carta dirigida a Juan C. Varetto (Hall, 2016), el Rvdo. Daniel Hall no escatimó elogios al discurso de Varetto en una carta abierta en el *Estandarte Evangélico*, sugiriendo abiertamente que ese periódico publicara el discurso.

⁶ Una delegación de veinte personas llegó de Santiago de Chile el domingo 26 de marzo de 1916.

⁷ Hoy denominada Iglesia Presbiteriana San Andrés Centro, Belgrano y Perú, CABA.

En el Congreso Evangélico

Discurso pronunciado por el delegado bautista, pastor JUAN C. VARETTO, justificando la actitud de los que enviaron una protesta contra el cambio de nombre y definición del espíritu del Congreso que fué hecho en el Boletín número 4 de la Comisión Organizadora.

Los obreros evangélicos del Río de la Plata, fuimos invitados a tomar parte en un Congreso seccional que tendría vinculación directa con el Congreso que acaba de celebrarse en Panamá. Respondimos a la invitación, pero desde el primer momento manifestamos nuestro firme propósito de no participar de él si dicho Congreso tendría las mismas bases del Congreso Misionero de Edimburgo, donde se cerraron las puertas a los que trabajaban en países romanistas. Cuando quedó bien entendido que no, todos prestamos nuestra decidida cooperación a lo que creíamos una obra útil y sumamente necesaria. Entendíamos con esto que la América Latina quedaba reconocida como campo misionero; que no se reconocía a la iglesia romana para nada; y que nos proponíamos estudiar la mejor manera de dar el evangelio a estos pueblos que no lo tienen todavía después de cuatrocientos años de dominación papista. Hacer obra misionera en campo ocupado por la iglesia romana y hacer la declaración de guerra a esa iglesia es la misma cosa, de modo que al tomar parte en este Congreso queríamos continuar la lucha en que estamos empeñados desde el primer día en que anunciamos al pueblo que la Biblia es la única regla de fe del cristiano y que Jesucristo es el único medio de salvación.

El carácter misionero del Congreso, y nuestra determinación de no entrar si se trataba de otro Edimburgo, mantuvo alejados a algunos que no estaban dispuestos a declararse en abierto conflicto con el romanismo.

Cuando estábamos en plena actividad, nos llegó el boletín núm. 4, en el que la comisión organizadora de Nueva York, anunciaba que el Congreso ya no se llama

maría misionero, sino de obra cristiana, y se hacían amonestaciones paternales, en un tono casi amenazador diciendo que los oradores y escritores tenían que "tener presente" que el espíritu del Congreso no sería "ni crítico ni antagónico" y que se reconocería todos los elementos de bondad y verdad en "cualquier forma de fe religiosa" y que se daría la bienvenida a todos los que quisieran cooperar en alguna parte del programa cristiano. Con esta resolución se abría la puerta a todo el mundo, a la vez que quedaba cerrada a los verdaderos misioneros, imponiéndoles silencio absoluto a los que estaban dispuestos a hacer frente con valentía al gran obstáculo de la obra misionera: la iglesia papal. También se tributaba un homenaje a la pequeña partícula de verdad y bondad que hay en las religiones humanas, y se prohibía levantar la voz o usar la pluma contra la mentira y maldad que hay en esas mismas religiones.

Fué entonces cuando nos reunimos, y después de estudiar el asunto con calma, y en el mejor espíritu cristiano, resolvimos protestar, enviando a la comisión organizadora una comunicación en la que manifestábamos nuestra profunda desconformidad.

El cambio de nombre, substituyendo la bien definida palabra "misionero" por la frase vaga y ambigua "de obra cristiana" era confirmar en su errónea creencia a los que sostienen que los países romanistas ya tienen el evangelio. Callarse entonces, como callarse ahora, era obra de cobardes, y por eso se formuló la viril protesta.

Muchas explicaciones se han dado sobre los motivos que tuvo la comisión organizadora para cambiar el nombre y reco-

EL EXPOSITOR BAUTISTA

5

mendar que no hubiese crítica ni antagonismo. Esas explicaciones no han podido satisfacerlos, mayormente cuando son casi siempre contradictorias. Nosotros continuamos creyendo, basados en poderosas razones, que estos son algunos de los elementos que han influido en el ánimo de la comisión:

Han influido en la comisión organizadora aquellos elementos que ven en la iglesia de Roma una iglesia hermana, en lugar de ver una iglesia apóstata, y que llegan hasta abrigar la quimérica idea de una posible unión de los protestantes y los romanistas. No se quería que esos elementos faltasen en el Congreso y por eso se quiso sacar todo lo que pudiera ofender el olfato de esos pésimos protestantes. Hubo hasta aquellos que creyeron en la posibilidad de atraer a los mismos romanistas. Los que algo saben del carácter del romanismo, se veían tentados a sonreír de tal ingenuidad. La pastoral del obispo católico del Panamá, talvez haya contribuido a convencer a los tales de que la iglesia de Roma está siempre armada del mismo espíritu inquisitorial que mostró en los siglos pasados, espíritu que ahora se ve obligada a ocultar. La pastoral del obispo de Panamá, que fué llamada "un puntapié en la boca del estómago" de los admiradores del romanismo, demuestra que no se debe abrigar ninguna esperanza de ver al papismo entrar por veredas de justicia. Para Roma reformarse significa suicidarse, y por eso siempre permanece la misma. Los que la llaman a razón nada lograrán. En vano le extienden su mano de compañerismo; la ramera no los escucha, porque todavía está borracha de la sangre de los santos del Señor Jesús que bebió en los días lúgubres de sus cruentas y largas persecuciones.

Ha influido también el compromiso con el mundo. Se ha dicho que los publicistas latino-americanos se ofenderían si se atacaba a la iglesia romana, y para no ofender a estos publicistas, resolvieron celebrar un Congreso en el que se limitaba la libertad de la palabra a los oradores y escritores, dejanda así de ser un congreso, porque no merece este nombre la corporación que pone semejantes limita-

ciones a sus miembros. También se habló de no ofender a los ricachos que simpatizan con la iglesia papal y que se figuran que está haciendo una obra civilizadora.

Han tenido también que influir las consultas que la comisión organizadora tuvo con diplomáticos, comerciantes y viajeros. Estas consultas explican el cambio de nombre y cambio de frente. ¿Qué tienen que ver los diplomáticos con la obra del Señor, y qué saben ellos de tal asunto? ¿Qué consejos tenían que pedirles los encargados de organizar un Congreso misionero? Se entiende que ellos solo podían influir en favor del equilibrio y abogar en favor de la paz y buena armonía entre todos, cosa que es imposible siendo fieles al que vino no a traer paz sino espada. La propaganda del evangelio nunca ha podido hacerse teniendo en cuenta las formas protocolares, sino declarando la guerra al error sin miramientos de ninguna especie.

¿Qué tienen que ver los comerciantes con la obra de un Congreso Misionero? Ellos buscan el desarrollo de sus bienes materiales; viven absortos en el mundo de las especulaciones; a ellos les conviene que sus mercaderías no huelan a herejía, y por lo tanto quieren andar bien con todo el mundo, de modo que sus consejos solo podían influir en el sentido de que no se levantase oposición en los pueblos donde ellos quieren vender sus mercaderías. Si el diplomático o el comerciante es cristiano, como cristiano podrá dar buenos consejos a un Congreso misionero, pero ni como diplomático ni como comerciante debe ser consultado.

Es consultando con Dios en la cámara secreta de la oración, y no con diplomáticos, comerciantes y viajeros que se hace la obra misionera.

Otra cosa que ha influido a tomar las resoluciones funestas anunciadas en el boletín núm. 4 es el concepto erróneo que muchos tienen de la obra misionera. Para ellos la idea bíblica de la salvación de las almas sino ha desaparecido del todo, ocupa un lugar enteramente secundario. Creen que lo que el mundo necesita es más bienestar, más civilización, más cultura, más moralidad, etc. Y como la iglesia romana

6

EL EXPOSITOR BAUTISTA

puede contribuir a dar al mundo estas cosas, no ven porque hay que oponerse a ella. Budda y Mahoma pueden contribuir también al mismo fin, de modo que se debe reconocer los elementos de bondad y verdad que hay en cualquier forma de fé religiosa. Señores: el diablo, se contenta con que el hombre sea moral, culto, feliz, y todo lo demás, siempre que no acepte a Cristo como su Salvador personal. Esos adoradores de la diosa civilización quieren darnos un cristianismo sin Cristo que no estamos dispuestos a aceptar. No queremos ese cristianismo que es una extraña mezcla de religión, educación y patriotismo. Queremos un cristianismo que permita decir como Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado y vivo, no ya yo sino que Cristo vive en mí". Los que creemos en la obra misionera como en una obra cuyo principio y fin es el de llevar almas al pié de la cruz para que en ella encuentren la salvación, no podemos tener consideración alguna para con una iglesia que enseña doctrinas que hacen nula la obra del Calvario, y que dejan a las almas que a ella acuden sumergidas para siempre en las tenebrosidades de sus falsos dogmas. Esos hombres, sin una idea correcta del evangelio, pueden hablar de abandonar la lucha, pero los que queremos ser fieles representantes de la verdad cristiana, seguiremos en la lid, sin cesar en ella ni un solo instante.

Ahora diré porqué no podemos dejar de emplear la controversia. Primeramente porque la controversia es *necesaria*, a fin de levantar las calumnias que el romanismo siembra a manos llenas contra nosotros. Todo cuanto se puede imaginar de torpe, de vil, de grosero, y de indecoroso, se vocifera contra nosotros desde púlpitos romanistas, y otro tanto puede decirse de los ataques vulgares e insidiosos de su prensa y de sus pamfletos. Nuestra respuesta debe dejarse sentir con tono distinto y fuerte. Callarnos equivaldría a confirmar en su error a esos millones de personas engañadas por los representantes de un falso cristianismo.

Voy a mencionar un caso relacionado con la predicación romanista, para demos-

trar que la controversia es necesaria. Uno de los oradores más famosos de esa iglesia anunció que predicaría sobre San Pedro. Después de un breve exordio acerca de este apóstol se puso a hablar de las pretendidas glorias del pontificado y a sostener la infalibilidad papal y las arrogantes pretensiones de los pretendidos sucesores de Pedro.

Anunció que al día siguiente hablaría sobre Judas. Subió al púlpito y después de breves palabras sobre el traidor de Jesucristo, se puso a vociferar contra Lutero, contra Calvino, contra Zwinglio, contra Juan Knox, y contra cuanto reformador vino a su mente. Los comparaba con Judas y los llamaba traidores de Jesucristo y de su iglesia. Todo cuanto pudo ser dicho del mismo diablo fué dicho en aquel horrible sermón de los hombres a quienes el mundo civilizado debe la Biblia y la Reforma.

Otro ejemplo de la vilis romanista: En un tratado muy repartido leemos estas palabras: "Basta abrir las obras de Lutero y Calvino, que han sido los principales reformadores y fundadores del protestantismo para encontrar a cada paso que Dios es el autor del pecado; que obliga al hombre a pecar para castigarlo después... Igualmente se encuentra que el que tiene fe, por enormes que sean los crímenes que cometa, no deja de agradar a Dios", y el tratado continua llamando a Melanthon un hipócrita, cruel, impostor y blasfemo; a Beza un disoluto público y falsificador descarado de la Biblia; y diciendo que Calvino murió de una enfermedad vergonzosa e invocando al diablo.

Estos ejemplos nos demuestran que lejos de poner la espada en la vaina y abandonar la lucha, es un deber de conciencia oponer una controversia elevada y culta a estos ataques vulgares y ruines de los secuaces del papismo.

No podemos abandonar la controversia porque es *inevitable*. Es hasta cierto punto irrisorio oír hablar contra la controversia. Parece que los que así se expresan han olvidado que nuestra obra es en sí un ataque a la iglesia de Roma. Por eso el obispo de Panamá no puede creer en la sinceridad de los que no quieren

EL EXPOSITOR BAUTISTA

7

chocar con Roma y al mismo tiempo establecen misiones en el territorio donde ella domina. Esa iglesia pretende ser la única depositaria de la verdad, y en su concepto todos los que están fuera de ella, están por ese solo hecho condenados. El organizar una iglesia con un estandarte que no sea el del papismo, constituye no solo un acto de rebelión, sino una franca declaración de guerra. Admiro, por lo tanto, la lógica de aquellos que no queriendo herir a la iglesia de Roma, no quieren trabajar en terreno que ella ocupa. No voy a insistir sobre este punto, porque es por demás evidente que si vamos a predicar el evangelio a los romanistas es porque creemos que no lo tienen.

El que quiere predicar fielmente las doctrinas de la Biblia se pone en el acto en completo desacuerdo con Roma. "He sabido — escribía Lutero a los teólogos protestantes que buscaban un acercamiento al papismo — que queréis poner de acuerdo al papa con Lutero. Cuando lo consigáis, siguiendo vuestro ejemplo, yo pondré de acuerdo a Cristo con Belial". No se puede predicar el evangelio sin atacar al romanismo. Basta anunciar que no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en el que nos sea necesario ser salvos, para que nos declaremos en contra de la mariolatría y del culto de los santos. Basta predicar la justificación por la fe, para que digamos que son inútiles todas las penitencias, rezos y ayunos que forman el todo de la vida religiosa del romanista. Basta decir que la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado para que nos háyamos pronunciado contra el purgatorio. Basta hablar de libertad cristiana para que condenemos su sistema de esclavitud espiritual. Solamente una predicación sin color, sin sabor, y olor es la que puede estar de acuerdo con una iglesia que ha pervertido todos los dogmas de la fe cristiana.

No queremos dejar de usar la controversia porque es *cristiana*. La comisión organizadora al recomendar que se evitase la crítica y el antagonismo ha querido hacernos creer que eso constituiría un acto de elevada piedad. Al protestar nos hemos expresado así: "Rechazamos

como absolutamente falza, absurda e injusta, la insinuación de que los que empleamos la crítica y el antagonismo contra las doctrinas erróneas no estemos inspirados por las enseñanzas y ejemplo de Cristo, y por aquella caridad que no piensa lo malo ni se regocija en la injusticia sino en la verdad. Basta leer las formidables acusaciones de Cristo contra las falsas doctrinas de los que en su época, falseaban los principios de su religión para convencerse de que él no contemporizaba con el error. Y, ¿quién le acusará a él de falta de amor para con los mismos denunciados?"

Todo el Nuevo Testamento está lleno de controversia, ya con una, ya con otra de las múltiples formas del error. Alguien ha dicho que debíamos imitar a Pablo, quien reconoció la sinceridad de los griegos, cuando habló sobre el dios no conocido al Areopago reunido sobre la colina de Marte. Muy bien; siempre que como Pablo en la misma ocasión, nos pronunciamos energicamente contra la idolatría y digamos que Dios "habiendo disimulado los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todos los lugares que se arrepientan".

Los que predicamos controversia no faltamos con esto a la caridad cristiana, ni dejamos de seguir el ejemplo del Maestro. Os diré quienes son los que faltan a la caridad: son aquellos que viendo a sus semejantes sumergidos en el error no se apresuran en ir a sacarlos; son aquellos que por temor de ofender al hambriento no le ofrecen pan; son aquellos que se contentan con poseer la luz y por no soportar las molestias de una lucha inevitable, la esconden debajo del almud.

Sostenemos que se debe predicar controversia porque es *conveniente*. Reconocemos la sinceridad de los que no piensan como nosotros en este asunto. Muchos de ellos desean evitar la crítica y el antagonismo, no porque tengan consideración a la iglesia de Roma, sino porque la creen contraproducente. Están lamentablemente equivocados. La controversia es un poderoso elemento de propaganda del cual sería lamentable vernos privados. La historia

nos ofrece sus elocuentes lecciones que debemos aprender todos los que deseamos hacer algún bien en el mundo.

Cuando los primitivos cristianos se hallaron frente al paganismo, no huían del combate, sino que valientemente tomaban la ofensiva, y no es a los tímidos a quienes admira la posteridad, sino a los hombres de carácter y firmes convicciones, como Tertuliano, quien, empleando una bella imagen de Pressensé, siempre tuvo levantada el hacha de Juan bautista, dejándola caer inclemente sobre la raíz carcomida del árbol del paganismo.

Otro ejemplo: ¿Quiénes, humanamente hablando, salvaron la Biblia y la verdad en los días sombríos de la Edad Media, sino Pedro de Bruys, Pedro Valdo, Enrique de Lausanne, Arnolfo de Brescia, y todos aquellos esforzados adalides del glorioso movimiento valdense? ¡Ay de nosotros si no hubieran declarado que el papa es el anticristo y Roma la ramera del Apocalipsis! ¡Bendito sea el Dios que infundió en esos hombres el espíritu guerrero contra la mentira y la superstición.

Pasemos a la Reforma. Nos hallamos entonces ante ese inmenso campo de batalla donde la verdad de Cristo y la mentira de Roma se empeñan en el más formidable de sus combates. ¿Quién, sin merecer el título de traidor de la Reforma, se atrevería a lanzar un reproche contra Lutero, Calvino, Zwinglio, Knox y sus colaboradores? Si ellos no hubieran tomado la espada del espíritu y se hubieran lanzado valientemente a la lucha, algunos de esos pulidos protestantes, que ahora disfrutan de los beneficios de la libertad cristiana, y que por inconcebible error quieren que se abandone la lucha, estarían metidos en un convento, murmurando letanías en una lengua desconocida y vistiendo el hábito sucio del fraile capuchino. Sin la controversia la Reforma era imposible. ¡Bendigamos al Dios que inflamó el corazón y los labios de los héroes de aquella gloriosa jornada!

Ya sé que algunos dirán que aquellos eran otros tiempos, y que vivimos bajo circunstancias muy diferentes. Contesto: Nó. Mil veces nó. Roma es siempre la misma. No ha cambiado su doctrina, ni

ha modificado su espíritu. El Concilio de Trento no hizo otra cosa sino afirmar todos los errores que los reformadores atacaron. Y en los siglos que han transcurrido desde entonces, Roma en lugar de deshacer sus errores, ha llenado la copa de sus abominaciones proclamando los dogmas de la Inmaculada concepción y de la infalibilidad del papa. Si hemos de tener algún éxito considerable en la América Latina será cuando el enemigo salga a nuestro encuentro para pelcar la gran batalla de la Reformación.

Melancthon estaba, sin duda, animado de muy buenos y nobles sentimientos cuando en la Dieta de Augsburgo procuraba la conciliación de católicos y protestantes, pero hoy sabemos cuán fatal hubiera sido el buen éxito de sus intenciones. Sin darse cuenta estaba sirviendo a la causa del papa y ponía en peligro la Reformación, y todo hubiera sucumbido en aquel instante a no ser por la energía de Lutero, que prefería más bien morir que ceder un palmo de terreno al adversario. Así también estos buenos hermanos que temen al antagonismo por creerlo contraproducente, están, sin saberlo, haciendo un gran mal a la causa del Señor. No me extraña que haya quienes creen que son instrumentos de los jesuitas, porque ni el más astuto de los que componen esa temible compañía podría prestar mejor servicio a la causa del Vaticano.

He hablado de lecciones del pasado. Ahora hablaré de lecciones del presente. ¿Quiénes son los hombres que aquí en el Río de la Plata han hecho algo? ¿Quiénes son los hombres que han conseguido ver conversiones y organizar iglesias? Si componemos una lista de las personas que han contribuido a este fin, tendremos que encabezarla con el nombre del más violento de nuestros adalides, y continuarla con aquellos que en la medida de sus fuerzas no han cesado de atacar al papismo. Esto es así, y no puede ser de otro modo. Mientras el romanista no se dé cuenta del error del sistema que sigue no sentirá necesidad de abrazar el evangelio.

Es probable que la controversia escandalice a algunos, mayormente si se predica sin caridad y ridiculizando a las per-

sonas sinceras, pero esto es inevitable. Una predicación que pretenda agradar a todos no agradará a ninguno.

La predicación sin controversia tiene estos inconvenientes:

No sacude la indiferencia que tanto obstaculiza nuestra obra.

No hace sentir al romanista la necesidad de algo mejor a lo que ya posee.

No atrae a los que se han apartado del romanismo, quienes no pueden ver diferencias apreciables entre la iglesia romana y los evangélicos.

Forma un tipo débil de cristiano, incapaz de resistir a la lucha a la cual se ve continuamente expuesto.

No ayuda a formar iglesias agresivas donde se desarrolle la actividad cristiana.

No queremos decir con esto que todos los obreros deben dedicarse ni especializarse en la controversia, aunque todos deben ser conocidos como cristianos en completo desacuerdo con la iglesia papal.

Entiéndase que estamos abogando por la controversia no como fin sino como medio. Queremos edificar, pero el terreno está ocupado por un edificio en ruina sumamente peligroso para el que lo habita. Tenemos que empezar por demolerlo. Queremos encender una luz en medio de las tinieblas. Esta luz de por sí disiparía esas tinieblas sin esfuerzo. Pero el caso es que encuentra ante sí una espesa muralla construida con el material de la frailería. Se impone como una necesidad demolerla. Pero toda controversia debe tener por fin conducir las almas a Cristo.

En nada atemorizados de los que se oponen, sigamos cumpliendo con el mandato bíblico de contender eficazmente por la fe que fué dada una vez a los santos. Hagámoslo con cultura pero resueltamente. El Señor estará con nosotros, y al fin de la jornada, mirando un pasado glorioso, podremos emplear el mismo lenguaje del gran apóstol de las gentes: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe".

★ ★

Congreso Evangélico

En los días 10 al 20 de Febrero se reunió en Panamá el Congreso de Obra Cristiana que se venía anunciando. Unos 300 delegados que representaban 21 países diferentes y 30 organizaciones religiosas tomaron asiento en el Congreso. De estos, 145 venían de los países latinos, y 155 de los Estados Unidos, de Canadá e Inglaterra.

Las bases propuestas en el Boletín núm. 4 que originaron las dificultades aquí y en todas partes fueron rechazadas y el Congreso se desarrolló en un ambiente de franca y libre discusión. Por unanimidad y entre una salva estruendosa de aplausos el delegado argentino hermano Barroeta-veña consiguió que se votase una declaración de que la controversia necesaria y oportuna debía usarse en la obra que estamos haciendo.

La Delegación

Una delegación compuesta de más de 20 representantes fué enviada de Panamá para comunicar a los Congresos regionales de Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires, y más tarde de Rio de Janeiro, las conclusiones a que se había llegado. La delegación llegó a Buenos Aires el Domingo 26 de Marzo a la tarde y enseguida se celebró una importante reunión de bienvenida en el Salón Italiano de la calle Sarmiento 1374, en la que el presidente de la delegación Dr. Halsey presentó a los miembros de la misma. Los oradores fueron el Sr. Monteverde, de la Universidad de Montevideo, el Sr. Eduardo Pereira, leader de la Iglesia Independiente del Brasil, y el Sr. Barroeta-veña de la Iglesia Metodista. El discurso de este hermano nos llenó de verdadera alegría pues quedamos asegurados de que las esperanzas que habíamos cifrado en él como enérgico luchador no quedaban defraudadas.